
BOURGOIS, Philippe. **En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem.** 1era edición. Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina. 429 páginas. Traducido por Fernando Montero Castrillo.



Philippe Bourgois y los administradores del silencio

La obra *En búsqueda de respeto*, visibiliza de forma documentada y acuciosa cómo las capacidades y posibilidades de controlar la propia vida, de autodeterminarla, siempre han sido más restringidas y de naturaleza bastante distinta a lo que usualmente se piensa. De la mano de los conceptos de *habitus* y de capital cultural y simbólico desarrollado por Pierre Bourdieu, el texto de Bourgois nos muestra cómo estas capacidades de autodeterminación están desigualmente distribuidas en el tejido social y que, sean cuales sean, los recursos, las herramientas, los capitales de distinto tipo, con los que “nos hacemos la vida”, su disponibilidad, acceso, adquisición y uso, exceden siempre a nuestras voluntades individuales.

Echando mano a una metáfora ampliamente manoseada en estos ámbitos, podríamos decir que nues-

tra caja de herramientas, es decir los recursos que desplegamos para agenciarnos un lugar en el mundo, penden de un entramado complejo y sutil, que solo puede develarse atendiendo a la economía política de las prácticas, y a los complejos mecanismos de producción y reproducción cultural que condicionan nuestra capacidad de ser sujetos.

A pesar de esta condición de partida que atraviesa por igual a los privilegiados y a los que no lo son, la tendencia en los exitosos, de los ganadores, de los triunfadores, de los vencedores, es a invisibilizar las causas estructurales de su éxito y de su posición en el espacio social menos asociadas al esfuerzo y a la voluntad de lo que la vida minúscula y particular de cada uno de nosotros puede soportar.

El discurso de los ganadores y su visibilización social es muy conveniente para dos tipos de proyecto, en principio, bastante disímiles:

En primer lugar para aquellos que quieren dejar las cosas "más o menos como están o como estaban", a los nostálgicos del pasado, a los que idealizan esa sociedad que supuestamente incluía a todos y había logrado cierto progreso. Para ese proyecto, mostrar las vidas ejemplares de los que triunfaron en el pasado y gracias a ese pasado, les sirve como argumento fuerte en el momento presente, para afirmar que "sí se puede, porque se pudo", que los obstáculos son un problema de percepción; que todos tenemos las mismas oportunidades y que sólo con la actitud positiva, y el esfuerzo individual está garantizada la plenitud de los particulares. En suma, el problema de los pobres, de los que fracasan, es un asunto de voluntad, de disciplina, de ganas, de esfuerzo individual. El sueño americano del hombre, y la mujer, que se autoconstruyen y se autorealizan, transforma a los que están al margen de ese éxito en una partida de flojos sin el empeño suficiente para "superarse".

Por otra parte, el discurso de los exitosos del presente, los más recientes, conviene a los que construyen el futuro, a los que intentan cambios y transformaciones pero situados esta vez desde una deontología de lo social, es decir, desde la prescripción y el desconocimiento de cómo se estructura la vida en conjunto que hace tiempo dejó de ser colectiva y en común. A esos que a pesar de su buena voluntad y sus esfuerzos, y atrapados por las lógicas de la urgencia y el hacer, no interpelan ni

investigan las determinaciones, los poderes, las exclusiones y desigualdades sociales de forma concreta y situada. Tienden a prestar demasiada atención al hecho de que hay resultados corporeizados, generando la ilusión de que el proyecto "está consumado" y que todos podríamos llegar a ser como nuestros ídolos deportivos, artísticos, políticos o culturales. En suma, los exitosos de ahora, legitiman los actuares recientes y, en algunos casos, hacen difícil la reflexividad crítica.

Ahora bien, el peligro de hablar con los exitosos es que necesitan afirmarse, y tienen ánimos y recursos para hacerlo. *En busca de respeto* muestra la voz de los que fracasan y fracasaron, aunque no se conciben como perdedores. Philippe Bourgois nos muestra que ellos también se afirman, se regodean de sus luchas y sus batallas, a pesar de haber sido empujados a las economías subterráneas y a las actividades ilegales, a pesar de vivir en la zozobra y la penuria, no precisa ni únicamente por la falta de dinero y comida. Las personas que aparecen y que dan cuerpo a la investigación reportada en el libro, a pesar de no haber tenido la oportunidad de desarrollar y obtener recursos, es decir los capitales simbólicos y culturales que les permitieran participar fluidamente en los juegos "normales", legítimos y legales que establecen las instituciones presentes en su contexto, no se conciben como víctimas; afirman haber vivido sus vidas como un proyecto, asumen sus "malas decisiones" como si las bue-

nas hubiesen sido igualmente plausibles y realizables.

En busca de respeto nos muestra las paradojas de todos aquellos que se creen más libres de lo que realmente pueden ser y en ese acto de mostrar, no la ideología del individualismo, sino la forma de estructurar la vida en las sociedades posindustriales, en donde la retirada del Estado y de las instituciones de solidaridad social, produce un sinnúmero de trampas en las que tienden a caer los que transgreden y se rebelan. El texto visibiliza el carácter autodestructivo de estilos y prácticas, que lejos de resistir y transformar lo social, producen un gran montante de sufrimiento, que tiende a ser individualizado, patologizado, o naturalizado por los propios actores y por el discurso de los medios, de las instituciones públicas y de las ciencias humanas.

El libro de Philippe Bourgois despliega con creces estos planteamientos programáticos. Pero, ¿a quién le habla en busca de respeto? ¿Qué pueden entender de lo que se muestra en el libro sus lectores? ¿Qué posicionamientos puede generar?

La recepción de los planteamientos de Bourgois tropezará sin duda con algunas de estas posibilidades:

En primer lugar, el cinismo de los que dirán al leer el libro: *"ahora todo es producto del afuera, de una externalidad, ¡qué va!... Esa partida de viciosos, no aprovecharon las oportunidades objetivas abiertas para todos, aquello que, el welfare allá y la*

democracia y el Estado rentista aquí, universalizó para todos los sectores sociales; si aquí, como allá, había escuela, trabajo, salud.... Qué va.... No aprovecharon, tomaron malas decisiones.... Que carguen con ellas".

Esta obra también interpela a los optimistas que piensan que con el fortalecimiento del Estado, con su presencia multiplicada en puntos de asistencia, en instancias que proveen, en manos y recursos presentes, en el aumento de los ingresos, o de los servicios, o de los bienes, alimentos, educación y salud, están ganándole la guerra a la exclusión; se la puede revertir de un plumazo: con voluntad. A aquellos que cuando las cifras de muertos de los fines de semana no los acompañan, tienen la sensación de perplejidad: *"pero si estamos haciendo lo que tenemos que hacer.... Si hay más dinero, más ingreso, más posibilidades..... ¿Por qué no se portan bien, por qué no actúan éticamente?"*

Ambos discursos son, en el fondo, profundamente individualistas y moralistas, construyen y explican los problemas que nos atraviesan como sociedad, desde decisiones individuales, desde el miedo, desde la patología, desde la voluntad. No pueden, no podemos entender cómo *"si se les está dando todo, siguen haciendo lo mismo y no se corrigen, ¿qué necesidad tienen?"*. En eso están hermanados, en eso hay consenso. Partiendo de esos posicionamientos, compararán y dirán

"Si fulano pudo, si el hijo de tal pudo.... Entonces el otro también podía, y puede...." son incapaces de ver las diferencias de trayectorias vitales, estructuralmente condicionadas, sino que asumen la territorialización de oportunidades como garantía de acceso y de uso, de crecimiento y desarrollo. Muchas veces ven la presencia de recursos, pero no se dan cuenta de que la gente no sabe qué hacer con eso que empieza a estar disponible o empieza a abundar, pues la gente siente que no puede o incluso que no debe tomarlo, ya que si accede a participar en ciertos juegos y dinámicas se niegan y se traicionan a sí mismos. El texto de Bourgois nos muestra esto.

En el plano de la investigación social Bourgois también le habla, como diría Bourdieu, a los científicos sociales estudiosos de la *doxa*, a los reproductores del sentido común, a los productores de artefactos sobre los artefactos. Aquellos que confunden el contexto de producción de la vida con el contexto en el que se la apalabra. Estudian lo dicho por la gente sin interpelarlo, simplificándolo, instrumentalizándolo en encuestas, sondeos, estudios de percepciones, opiniones y apoyos.

A los que se hermanan fenomenológicamente con sus sujetos en estudio. A los que practican el patetismo de la investigación, ese objetivismo blando, *soft*, *light*, que predomina en muchos investigadores cualitativos que privilegian lo *Emic* sobre lo *Etic* al rendirse con sumisión frente a lo que dicen sus informan-

tes, pero que terminan vergonzosamente estafados por sus sujetos y estafándose a ellos, terminan convirtiéndose ellos mismos en objetos. A todos ellos habla el texto de Bourgois.

Casi para terminar, una precaución muy importante que se desprende del título de la obra consiste en cuidarnos de pensar que el respeto, la estima, la autoestima, constituye un absoluto universal, una forma ontológica de agenciarse un lugar en el mundo, de construirse un espacio, de "autocrearse". Partiendo del concepto de *habitus* propuesto por Bourdieu, Bourgois nos muestra de forma retadora cómo esa búsqueda del respeto es la resulta de unas tradiciones, de unas formas de transmisión familiares, grupales, atravesadas por un machismo y un patriarcado que va perdiendo sus enclaves socio- institucionales en el mundo del trabajo tradicional e industrial, y que empieza a hacer aguas en un mundo en proceso de desindustrialización, una economía posfordista, en la que la generación del valor migra de la producción de bienes materiales a los servicios, al capital financiero y los consumos simbólicos y culturales. De manera dura y concisa nos muestra cómo se vive individualmente, un juego que empezó a cambiar de manera rápida y que no les avisó a los participantes que cambiaría. El texto refleja cómo cambió ese juego, cómo cambia el paisaje social en donde se le jugaba, lo que antes era el enclave seguro de un trabajo que permitía "ganarse la vida" y vivirla, como obrero industrial, como

hombres y mujeres particulares, se transforma en otro escenario. Permanece la escenografía, pero la obra ya no se ejecuta en ese teatro, es un escenario abandonado, un teatro viejo, un espacio que no está baldío pero que se encuentra desierto, está allí y se convierte en el medio de otras cosas.

La metáfora del juego es seductora, nos habla de ilusiones, pero también de formas de relacionamientos, de normas, y de maneras de participar en la competencia. Sí, por supuesto, hay juegos de cooperación, pero de los que habla *En busca de respeto* son de competencia, lo eran y se intensificaron: ganar, ganarse la vida, ganadores y perdedores. El texto nos habla de los nuevos perdedores, ¿realmente nuevos? ¿O son, más bien, los perdedores de siempre, sólo que ahora se ven a sí mismos como viviendo la vida?

Podemos entender el discurso como técnicas de visibilización social y de silenciamiento selectivo, orquestado más que con los ardides de la falsedad, con las lupas de la atención excesiva, de la concentración de la mirada social en ciertos aspectos, para constituir así una forma de hacer inteligible la totalidad de la sociedad en la que hacemos vida. Una gestalt, que juega continuamente con lo que concebimos como figura y fondo. Esos, los administradores del silencio; nosotros, los administradores de silencio; jugamos con aquello que se resiste a ser nombrado. O más bien "eso" juega con nosotros. Sí, con el poder, con los poderes, con

esas fuerzas que mueven cosas, que producen materialidades y subjetividades pero que se niega a ser apalabrado, que se escapa a ser doblegado, que se burla de la denuncia, que se nos impone con la violencia suave de la conformidad, que nos doblega y nos vence a la hora de plantear propósitos que, como dice Bourgois, espectaculariza pornográficamente el sufrimiento dejando intactas las causas. Eso que se manifiesta en el gran *reality show* o en la noticia, en la conversación de la sobremesa, en el encuentro de vecinos, en las reuniones de la comunidad. Esas formas perversas que conquistan nuestras miradas y actúan sobre lo social, sobre los conflictos, sobre los sufrimientos, esas superficies de la exclusión, de la desigualdad, que nos empujan a aglutinarnos y orquestar esfuerzos para tratar de minimizar y controlar los disparos realizados, los muertos del fin de semana, los robos y secuestros... Ese miedo de las víctimas que somos todos, en la que nos han transformado y en la que nos hemos convertido. Que genera solidaridades imposibles, impensables en un tiempo no muy lejano; copula entre especies, entre grupos y categorías, entre actores que deberían verse como distintos, pero que se hermanan en el miedo y en los llamados a la mano dura.

Quizá podamos entender un poco la relevancia de la obra que nos congrega, entendiendo porqué desmenuzar, mostrar, visibilizar el sufrimiento social, individualmente pa-decido y estructuralmente generado,

en complejas mediaciones, tuviese el carácter de reto o generara una profunda indiferencia. Como podemos evidenciar, la piedad se ha retirado, como otrora cuando no existía, aceptamos el sufrimiento de otros como un mal necesario para nuestras comodidades, sabemos que hay un más allá, sabemos que detrás de las fachadas pintadas para que el viajero sea recibido hay más, pero solo lo constatamos como un hecho. Pronto llegaremos a la ciudad que queremos ver, la ciudad prometida, la demostración de lo moderno; no queremos la confrontación con lo precario, más aun no queremos ni podemos pensar sobre nuestra responsabilidad para con esto. No podemos pensarla, porque lo social es imposible para nosotros. El imperio de la voluntad nos doblega. Y esa es la de-

rrota que sirve de punto de partida para estas luchas simbólicas.

Por eso hablar para los intelectuales y desde el campo intelectual en su función de inconformidad, de incomodar, de no permitir la ilusión de las soluciones finales, en su capacidad de interpelar, de obligar a una consideración, de esperar una respuesta por parte de grupos, de los que sufren, de los que dirigen, de los que expectan.

Trabajos como el de Bourgois nos enseñan, es decir, nos muestran, una forma de hacer y de hablar en contextos adversos sobre las dificultades de estos contextos.

José Félix Salazar

Universidad Central de Venezuela.
Caracas. E-mail: alterjf@yahoo.es